

La teología antiimperial de Marcos y la globalización

Rubén Dri

El anuncio de Jesús sobre la inminencia del Reino de Dios debía necesariamente chocar con el reino establecido y dominante, el imperio romano. Este enfrentamiento queda, en los evangelios, en las sombras. Una primera lectura nos pone siempre en el enfrentamiento que Jesús tiene con el templo, con los escribas, con los fariseos, con los sacerdotes y los herodianos. Incluso da la impresión, en las narraciones sobre la pasión y muerte de Jesús, que el imperio es exculpado, pues Pilato intenta inútilmente dejarlo libre.

Es, por otra parte, evidente que esta narración no puede responder a la realidad histórica. No es concebible que un funcionario de la burocracia imperial como Pilato, el que, por otras fuentes sabemos, además, que era cruel, se preocupe por la suerte de un campesino galileo que anda agitando a los marginados de una oscura región. Leyendo a Marcos, creemos descubrir la línea antiimperial que, no dudamos, debe de haber sido la de Jesús.

Recuperar ese aspecto del mensaje de liberador de Jesús de Nazaret es una tarea de suma importancia en esta etapa histórica, debido a la dominación arrasadora de las grandes corporaciones transnacionales. Se pretende que ya no existe el imperialismo, cuando, en realidad, está más presente que nunca. Trataré, pues, de mostrar cómo en el evangelio de Marcos aparece el aspecto antitimperial del mensaje de Jesús.

1.- Las buenas noticias vienen del campesino Jesús.

“Principio del evangelio de Jesús Cristo, Hijo de Dios” (Mc 1, 1).

“Principio” en griego, que es el idioma en que se escribió el evangelio suena *arjé*, lo cual nos lleva con nuestra imaginación al principio del Génesis: “Al principio creó Dios el cielo y al tierra”. Marcos nos quiere hablar de una nueva creación, según el estilo profético, como en el éxodo. Los grandes profetas no estaban obsesionados por la creación del mundo natural, cósmico, sino por la creación del pueblo. Marcos nos quiere hablar de una nueva creación, de una refundación. Se trata de la refundación del Reino de Dios.

“Principio del evangelio de Jesús Cristo”. Marcos, o su comunidad, es el gran inventor o creador del evangelio. O mejor, es un refundador del mismo, porque ya existían otros evangelios, entre los que sobresalía y dominaba el que emanaba del centro del poder imperial. Efectivamente, según el *Diccionario Teológico del Nuevo Testamento* es “un término técnico para ‘nuevas victorias’”, especialmente en las batallas militares”. (Ched Myers, 1988 p. 123).

Frente al evangelio imperial o del máximo poder de dominación existente en esa etapa histórica, la comunidad de Marcos, a través del evangelio que lleva su nombre, proclama que el verdadero evangelio, la verdadera “buena nueva”, los verdaderos anuncios liberadores son los que vienen del oscuro campesino que fatigó los caminos polvorientos de la oscura región de Galilea.

En esta etapa de la “globalización” se nos propone nuevamente un evangelio desde el poder imperial. Lo formuló Fukuyama con toda claridad. Efectivamente, dice que “la buena nueva ha llegado” -*good news has come*- consistente en el “mercado libre” -*free market*-. Somos tan ciegos y estamos tan descreídos que no logramos ver que “la ciencia moderna nos guía hacia las puertas de la Tierra Prometida de la democracia liberal, cuya lógica es la del capitalismo y no la del socialismo”. (Fukuyama, 1992, pp. XII-XV).

Michael Novak, por su parte, nos habla de la buena nueva del “capitalismo democrático ... tres sistemas en uno, una economía predominantemente de mercado, una organización política respetuosa de los derechos individuales a la vida, a la libertad y a la búsqueda de la felicidad y un conjunto de instituciones culturales movidas por ideales de libertad y de justicia para todos”. Y si no queremos creer, miremos los ejemplos luminosos de “Estados Unidos, Alemania y Japón”. (Novak, 1982, pp. 11-12).

Naturalmente que en tal evangelio, nos advierte otro de los grandes teóricos del neoliberalismo globalizador, Friedrik Hayek, no existe algo así como “justicia social”, pues ello carece absolutamente de sentido tratándose de “una sociedad de hombres libres”. Es una “superstición” que, según sus fautores, correspondería a “instintos que están en nosotros profundamente arraigados, aunque sean incompatibles con una moderna sociedad civilizada”. (Hayek, 1985, pp. 26-27).

Lamentablemente esta propuesta de evangelio del dominador nos ha llegado también de quien pretende ser el máximo representante del mensaje liberador de Jesús de Nazaret, Juan Pablo II. Efectivamente, se pregunta en la *Centesimus annus*: “¿Es quizá éste -el capitalismo- el modelo que es necesario proponer a los Países del Tercer Mundo, que buscan la vía del verdadero progreso económico y social?”. Y se responde:

“Si por ‘capitalismo’ se entiende un sistema económico que reconoce el papel fundamental y positivo de la empresa, del mercado, de la propiedad privada y de la consiguiente responsabilidad para con los medios de producción, de la libre creatividad humana en el sector de la economía, la respuesta es ciertamente positiva, aunque quizá sería más apropiado hablar de ‘economía de empresa’, ‘economía de mercado’, o simplemente de ‘economía libre’”. (Juan Pablo II, 1991, pp. 83-84).

El desafío de la propuesta del evangelio de Marcos frente al evangelio imperial no podía ser más provocativo para el poder, y más entusiasmante para los pobres que inundaban todas las regiones del imperio romano. Evangelio, del griego *euangélion*, “buen anuncio”, “buena nueva”. La buena nueva para los pobres no podía venir del poder. Debía venir de abajo, de los pobres, de los empobrecidos, de los marginados.

Ese campesino galileo es llamado *Cristo e Hijo de Dios*. Son dos títulos de suma importancia los que el evangelio les adjudica a Jesús. Por un lado, el de *Cristo*, del griego *Christós* que significa “ungido”. Jesús es el ungido por excelencia, es decir, el “Mesías”, del hebreo *mashiá*. Con esto, el grupo cristiano se separa definitivamente de los otros grupos que formaban el tronco judaico, pero sobre todo se separa del grupo sacerdotal y farisaico.

Pero más importante es el otro título, el de *Hijo de Dios*, porque de esa manera se enfrenta al máximo poder existente en ese entonces, el poder imperial. Efectivamente, el Hijo de Dios era el emperador. Marcos recupera ese título para el campesino galileo.

“Cayo Octavio nació el 23 de septiembre del año 63 a.e.c. y se convirtió en hijo adoptivo y heredero legítimo de Julio César, asesinado el 15 de marzo del 44 a.e.c.. Luego de la deificación de César por el Senado de Roma el 1º de enero del 42 a.e.c., Octavio se convirtió inmediatamente en *divi filius*, hijo de un divino” (Crossan 1996 p. 20).

Octavio, el fundador del imperio romano, es proclamado hijo de Dios. El poeta Virgilio se encargará de fundamentar la naturaleza divina del emperador en la *Eneida* y en la *Cuarta Égloga*. Mientras en la primera de estas obras narra la historia de la estirpe divina de los emperadores romanos, en la segunda celebra el “nuevo orden” que comienza con el imperio.

En la moneda que le presentaron a Jesús cuando tramposamente lo interrogan sobre la licitud del pago del tributo al César se leía: *Ti(berius) Caesar Divi Aug(usti) F(illius) Augustus* cuya traducción es: “Tiberio Augusto, César, hijo del divino Augusto”. De modo que el poder del emperador se encontraba legitimado religiosamente. Había una teología imperial que sostenía la naturaleza divina de quien detentaba el poder. El título de *augusto* que recibía tenía carácter divino.

El apocalipsis tiene las expresiones condenatorias más terminantes para este tipo de legitimación religiosa: “Después vi surgir del continente otra bestia que llevaba dos cuernos como los del cordero, pero hablaba como el monstruo. Ésta arrovecha todo el poder de la primera bestia y está totalmente a su servicio. Ella ha logrado que la tierra y sus habitantes adoren a la primera bestia”. (Ap 13, 11-12).

La primera bestia, que sube del mar (Ap 13, 1), es el imperio romano, o, el emperador romano como personificación del imperio. La bestia que surge del continente es la religión o teología que legitima a la primera bestia, o sea, al imperio. El vicente la ve “surgir del continente”, porque los principios de esa teología provenían de las religiones orientales, radicadas en el Asia Menor.

Marcos inicia su evangelio como veíamos: “Principio *-arjé-* del evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios”. El Génesis inicia la obra de creación del mundo de la misma manera: “En el principio” *-en arjé-*. No es casual. Se trata de una nueva creación. Jesús crea un mundo nuevo, una nueva sociedad. Mujeres y hombres nuevos. Con Jesús comienza el mundo nuevo y no con Octavio como proclamaba Virgilio en la célebre cuarta égloga.

Jesús, el Cristo, es decir, el Ungido, el Mesías, es el que trae el evangelio, no el emperador, como hemos visto. Por otra parte, Jesús es el verdadero “Hijo de Dios”, no el emperador romano. Menester es captar esta categoría aplicada a Jesús, el Cristo, en todas sus dimensiones, es decir, en su dimensión político-religiosa.

En primer lugar, su sentido político. Proclamar a Jesús de Nazaret, un campesino de la oscura región de Galilea, como el verdadero Hijo de Dios, tenía un claro sentido antiimperial. Marcos escribe su evangelio para mostrar que efectivamente ese campesino es el verdadero Hijo de Dios.

Esta proclamación, por otra parte, tenía un profundo significado religioso en el que se encuentra implicado no sólo Jesús, sino también todos los hombres. Para entender esto debemos pasar del concepto al símbolo, o mejor, devolver esa expresión a su expresión simbólica como lo fue en su creación. Su paso del símbolo al concepto y, de éste, al dogma, lo empobreció, unilateralizó y permitió que se lo utilizara en forma opresora.

La realidad es infinita, inagotable. El ser humano se encuentra abierto a esa infinitud. Abierto a ella, pero sin poder nunca agotarla o abarcarla completamente. Los símbolos expresan esa infinitud, por lo cual son polisémicos. Poseen múltiples, inagotables significaciones. El concepto, en cambio, acota las significaciones de los símbolos. El símbolo transformado en concepto pasa a tener una significación unívoca, presta para ser propuesta como dogma.

La expresión “Hijo de Dios” es uno de los símbolos más ricos y profundos de la experiencia religiosa. En ese nivel, es decir, como símbolo, expresa, por una parte, que en Jesús de Nazaret, en su práctica y su mensaje se nos presenta Dios. En otras palabras, la práctica y el mensaje de Jesús nos hablan de la presencia de Dios. Por otra parte, esa elevación del hombre a la divinidad pertenece a todo hombre. Jesús, el Cristo, es una manifestación eximia de la elevación del ser humano.

Nadie puede saber, conceptualmente, qué significa ser Hijo de Dios. Sabemos qué significa ser hijo de un padre y de una madre humanos. Transportar esta experiencia a la divinidad sólo puede hacerse de manera simbólica, o, en todo caso, analógica, pero nunca como una verdad que puede afirmarse conceptualmente y, menos, dogmáticamente.

Pero en una sociedad como la helenista el paso de lo simbólico a lo conceptual era una necesidad. Ello no significa todavía su paso a lo dogmático. Éste se dará no por una necesidad cultural sino política. Efectivamente, se hace en el siglo IV cuando las comunidades cristianas conforman la iglesia, una institución ya avanzada en su proceso de jerarquización que negocia con el Estado, esto es con el imperio romano, los espacios de poder.

El símbolo reducido al concepto y éste, al dogma, queda bajo la interpretación de la institución que ha realizado la transmutación. Naturalmente que no se puede entender conceptualmente cómo es eso de que un hombre sea al mismo tiempo Dios o Hijo de Dios. Se lo impone dogmáticamente y se lo declara un “misterio” que debe ser aceptado por la fe o adhesión ciega, incomprensible.

Efectivamente, la elevación del ser humano a la divinidad, o, en otras palabras, la trascendencia del ser humano es incomprensible para el intelecto, es decir, no se puede traducir conceptualmente. Pero es plenamente comprensible en el nivel simbólico, única manera de expresar las experiencias más profundas del ser humano. ¿Alguien puede, acaso,

expresar conceptualmente, en forma acabada, la experiencia del amor o la amistad? Poetas, novelistas y músicos pueden hacerlo de manera mucho más satisfactoria.

“Como está escrito en Isaías profeta: He aquí que yo envío mi mensajero delante de ti, el cual construirá tu camino: Voz del que clama en el desierto: ‘En el desierto preparen el camino del Señor, hagan rectos sus senderos’” (Mc 1, 2-3).

El anuncio de la liberación, el evangelio, comienza en el desierto. No es una casualidad evidentemente. En primer lugar, el desierto es la periferia, el margen, lo que está fuera de la civilización. El evangelio se anuncia desde la periferia, no desde el centro. Desde Galilea, no desde Jerusalén; desde el campo, no desde la ciudad; desde los marginados, no desde los ricos y poderosos. En segundo lugar el desierto es el lugar donde se bosquejó el proyecto del Reino de Dios, después de la salida de Egipto por el grupo de Moisés. La cita de Isaías (40, 3-5) se refiere, precisamente, a un nuevo éxodo, una nueva fundación del pueblo, después del destierro en Babilonia.

“Apareció Juan bautizando en el desierto y predicando un bautismo de conversión para perdón de los pecados. Y acudía a él toda la región de Judea y todos los jerosolimitanos, y eran bautizados por él en el río Jordán, confesando sus pecados” (Mc 1, 4-5).

Juan aparece bautizando. El bautismo naturalmente que no es un rito creado por Juan. Pertenece, de una o de otra manera, a todos los antiguos mitos y religiones. Tiene el significado de muerte y resurrección, de cambio radical de vida. Subyace la concepción de que una determinada vida individual o social se desgasta con el tiempo, acumulando injusticias, transgresiones, en una palabra, pecados, y, en consecuencia, debe renovarse.

El texto aclara que se trata de un bautismo “de conversión” –*metanóias*-. No se trata de la conversión platónica que consiste en volverse del mundo sensible al de las ideas, ni de la conversión puramente interior como se interpretará en una teología que hizo suyas las categorías platónicas. La conversión a que se refiere el Bautista significa un cambio radical en toda la actitud del ser humano.

“Juan llevaba un vestido de pelos de camello y un cinto de cuero alrededor de su cintura, y comía langostas y miel silvestre” (Mc 1, 6). Es el nuevo Elías, el profeta por excelencia, el profeta de fuego, el de compromisos radicales, que enfrenta a al rey, a la reina y a los sacerdotes de Baal, es decir, a todo lo que representa opresión monárquica y sacerdotal.

“Y predicaba diciendo: **‘Viene el que es más fuerte que yo,** detrás de mí, ante quien no soy digno de, inclinado, desatar la correa de sus sandalias. Yo los bauticé con agua, pero él los bautizará con espíritu santo. Y sucedió en aquellos días que vino Jesús desde Nazaret de la Galilea y fue bautizado en el Jordán por Juan. Y luego, cuando subía del agua vio los cielos abiertos y al espíritu como paloma que descendía sobre él. Y una voz vino de los cielos: ‘Tú eres mi Hijo, el amado, en ti me complazco’” (Mc 1, 7-11).

En este texto se combina lo histórico con lo puramente teológico. Efectivamente, el bautismo de Jesús en el Jordán, de manos de Juan el Bautista es histórico. Más aún, es el primer hecho histórico de la vida de Jesús que conocemos con certeza. Siendo Jesús el Hijo de Dios, confesado por la comunidad de Marcos, es evidente que no podían inventar el bautismo para el perdón de los pecados. Éste era más bien un hecho un tanto escandaloso que había que explicar.

Para la explicación funciona la teología que, en este caso recurre a categorías apocalípticas, a las que Marcos recurrirá repetidamente. El ver “los cielos abiertos” es, precisamente un rasgo apocalíptico. A los videntes de los apocalipsis se les abría el cielo y desde allí salía la voz que les revelaba el secreto de la historia.

Menester es tener en cuenta que el evangelio se escribe desde una comunidad que vive toda la práctica y el mensaje de Jesús de Nazaret desde una experiencia de fe. Desde esta experiencia se sostiene que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios. Desde esta visión se les plantean contradicciones que deben resolver. La teología es la encargada de hacerlo. Las contradicciones se dan entre lo que la comunidad piensa de Jesús el Cristo desde su experiencia de fe y la vida real del Jesús histórico. En otras palabras, entre el Jesús de la fe o Cristo y el Jesús histórico.

El bautismo de Jesús es el primer acontecimiento histórico que conocemos con seguridad sobre la vida de Jesús. De no ser histórico, Marcos, quien escribe el evangelio, para mostrar que Jesús es el Hijo de Dios, no lo habría incluido. Nadie se crea a sí mismo dificultades por propio gusto.

Juan reunía gente alrededor del rito-símbolo fundamental del bautismo. Se trata de un movimiento al margen del poder tanto de Herodes, como del templo de Jerusalén y de Roma. El texto de Marcos lo presenta como precursor del Mesías, es decir, del Jesús de la fe de la comunidad. Evidentemente se trata de una interpretación teológica de la comunidad.

Por otros pasajes evangélicos sabemos que entre los adherentes al movimiento del Bautista y los del movimiento de Jesús hubo contradicciones, preguntas, dudas. ¿Debían unirse? ¿Cuál era superior? Marcos soluciona el problema: el Bautista es el precursor. Anunció al Mesías, Jesús de Nazaret, “el más fuerte”-*isjyróteros*-.

Jesús es presentado como el más fuerte. En su persona se presenta su proyecto, el “evangelio”. Éste es el más fuerte. Se prepara, de esa manera, el tema central, es decir, la fuerza del evangelio o mensaje de Jesús, para derrotar a todas las fuerzas opresoras y, en especial a la fuerza demoníaca del imperio romano. El bautismo que administrará el más fuerte no será con agua, sino “con espíritu santo”. Será con toda la fuerza del espíritu, capaz de destronar a todos los poderes de dominación.

“Y luego el espíritu lo impulsa al desierto, donde estuvo cuarenta días, siendo tentado por Satanás. Estaba con las fieras, y los ángeles lo servían”. (Mc 1, 12-13).

Son varios los símbolos pletóricos de significación que se agrupan en esta brevísima narración: el espíritu, el desierto, los cuarenta días, Satanás, las fieras y los ángeles. Todas pertenecen a la preparación del héroe para su misión:

Quien lo impulsa al desierto es el *espíritu*. Ello significa que se trata de un momento esencial de la misión del sujeto en cuestión, de Jesús. El espíritu juega aquí un papel semejante al del *daimon* socrático. Desde su interior Jesús es impulsado hacia el *desierto*. No se trata de cualquier lugar. El desierto, como veíamos en primer lugar, pertenece a la periferia y, en segundo lugar allí se forjó el proyecto de la nueva sociedad liberada.

Ahora nos falta agregar que allí tuvieron lugar las primeras fuertes tentaciones en contra del proyecto liberador. El desierto es un lugar donde la ambivalencia de la historia juega como en ninguna otra parte. Allí el espíritu se purifica, se acostumbra a la vida sencilla, sin ataduras, pero, por otra parte, siente en sus entrañas la tentación de abandonar dura lucha por la libertad y someterse a las potencias dominadoras que le prometen saciar sus apetitos.

Cuarenta días peregrinó el pueblo hebreo por las planicies desérticas de la península arábiga, antes de poder penetrar en la tierra prometida. Cuarenta años de preparación. Cuarenta días, por lo tanto debe permanecer Jesús en el desierto sufriendo las mismas tentaciones que sufrió el pueblo hebreo.

Quien lo tienta es *Satanás*. En nuestra cultura se identifican Satanás, demonio, diablo, serpiente y Lucifer. Sin embargo en sus inicios hubo entre esas distintas denominaciones, significaciones diversas, algunas de las cuales se mantienen en el evangelio.

Demonio como se sabe viene del griego *daimon* que no tiene un sentido peyorativo. Sócrates estaba siempre acompañado e iluminado por su *daimon*. Su sentido es ambivalente. Fue predominando un sentido peyorativo. Pasan a ser demonios en general todas las fuerzas o causas de enfermedades. Para expulsarlos se emplea el *exorcismo* que es un acto propio de una cultura mitológica. Tenemos, pues, que interpretar el exorcismo como un género literario, una clave mediante la cual se nos transmite determinado mensaje.

Satanás es distinto. Significa “atravesarse en el camino”, impedir, oponerse, atacar, acusar. Es el *adversario* y, en el lenguaje jurídico, el *acusador*. Satán podía ser una persona. David acusa a los hijos de Sarvia de haberse convertido en sus *satanes*, es decir, tentadores (2 Sam 19, 23). Es la determinación de personas que se han atravesado en el camino como adversarios o tentadores.

En el judaísmo Satán aparece tardíamente. En la medida en se concibe la absoluta trascendencia de Dios, su presencia en el mundo se realiza mediante mediaciones, especialmente los ángeles y Satán. Parece que el origen hay que buscarlo en la práctica jurídica del judaísmo, en la que el papel de los acusadores era decisivo y en los célebres “ojos y oídos del rey” de los reyes persas, es decir, de los enviados por el rey para tentar a los sátrapas y luego acusarlos ante el monarca.

En el siglo II, en la comunidad judía de Alejandría se hace la traducción griega de la Biblia. En esa traducción se identifica a *Satán*, el tentador o acusador, con el *diablo*, el que divide. De esta manera Satanás y diablo pasaron a ser la personificación del mal. Las enfermedades o posesiones son propias del demonio, mientras que el diablo es causa del pecado, es decir, de la mala intención.

La *serpiente*, por su parte está lejos de haber sido en un principio algo parecido al diablo o Satanás. Su ambivalencia la emparenta con el demonio, pero tiene significaciones más ricas. Significa la inmortalidad, la sabiduría ctónica, el misterio. La célebre serpiente que tienta a Eva en el Edén está lejos de ser el diablo. Es, en todo caso, el demonio de la sabiduría. Más tarde será identificada con el diablo.

Con *Lucifer* pasó algo parecido, todavía más impactante. De acuerdo a su etimología significa portador de la luz. Es por ello que en un principio se lo identificó con Cristo, el verdadero portador de la luz. Luego su sentido se invierte totalmente, pues pasa a significar el ángel que lideró la rebelión contra Dios, siendo precipitado al infierno por Miguel, el líder de las huestes angélicas fieles a Dios.

Jesús es obstaculizado por Satanás. Marcos no desarrolla el tema en este momento, como lo harán Mateo y Lucas. Lo hará a lo largo de la narración. Desde el capítulo segundo hasta el capítulo quinto incluido, irá presentando los distintos satanases que se oponen al proyecto del Reino de Dios que Jesús propone. Así, veremos aparecer su propia familia, los escribas, los fariseos, los herodianos, los sacerdotes y el imperio romano.

Finalmente, en el desierto “estaba con las fieras y los ángeles lo servían”. Estas figuras pertenecen al ámbito apocalíptico en el que el evangelista se introduce para dar razón del bautismo de Jesús. Las bestias significan los poderes opresores, a los que se enfrenta Jesús. Los ángeles, por su parte, expresan los poderes liberadores. Son los mensajeros del Dios de la liberación. Mientras Jesús vaya enfrentando a las bestias, los satanases le irán poniendo obstáculos.

2.- El imperio es el enemigo principal.

Después de narrar una serie de escenas en las cuales Jesús va mostrando su mensaje liberador, al mismo tiempo que enfrenta a los enemigos internos del evangelio, Marcos nos presenta al enemigo principal. Lo hace en forma *quísmica*:

a) “Y viene a casa: Y se aglomera otra vez la multitud, de suerte que no podían ni siquiera comer pan. Al enterarse los de su casa, salieron a apoderarse de él, pues decían: está loco (fuera de sí)”.

b) “Los escribas, que habían bajado de Jerusalén, decían: ‘Tiene a Bezebul’ y también: ‘Por el príncipe de los demonios echa afuera a los demonios’”.

c) **“Llamándoles la atención con parábolas (Jesús) les decía: ¿Cómo puede Satanás echar fuera a Satanás? Si un reino está dividido**

contra sí mismo, no puede subsistir. Si una casa está dividida contra sí misma, no puede subsistir. Si Satanás se ha levantado contra sí mismo y está dividido, no puede subsistir y llega a su fin. Pero nadie puede entrar en la casa del fuerte y saquear sus bienes, si primero no ata al fuerte”.

b) “En verdad les digo que todo se perdonará a los hijos de los hombres, los pecados y las blasfemias, por más que blasfemen, pero cualquiera que blasfeme contra el espíritu santo, no tiene perdón por los siglos, sino que es reo de eterno pecado. Porque decían: ‘Tiene espíritu impuro’”.

a) “Vienen su madre y sus hermanos y, quedándose afuera, le mandaron a llamar. El pueblo estaba sentado a su alrededor y le dicen: ‘Allí están tu madre y tus hermanos afuera y te buscan’. Respondiendo, les dice: ‘¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando entorno a los que estaban sentados en círculo, a su alrededor, dice: ‘Aquí están mi madre y mis hermanos!. Pues cualquiera que haga la voluntad de Dios, éste es mi hermano y mi hermana y mi madre” (Mc 3, 20-35).

Se sabe que el *quiasmo* dispone las partes del discurso de tal manera que el mensaje central quede en el centro. El texto presenta una cierta síntesis de los enemigos del Reino. De los menos peligrosos a los más peligrosos. Primero los parientes, luego los escribas y finalmente, en el centro, el *fuerte* –*isjyrós*–.

En la interpretación de este texto generalmente se ha pasado por alto, o se ha minimizado, la enemistad de los parientes de Jesús, entre los cuales se encuentra su madre. Es absolutamente comprensible que tanto María como sus hermanos se preocuparan por el rumbo que tomaba la práctica de Jesús, enfrentado ya con todos los poderes de la sociedad.

La enemistad de los escribas es conocida, si bien, como se sabe, en el evangelio se refleja más el enfrentamiento entre los escribas y la comunidad de Marcos que entre los escribas y Jesús, pero no se puede negar que un mensaje como el de Jesús debía encontrar oposición en un cuerpo de escribas que ostentaban el poder que daba el saber en una sociedad analfabeta.

Pero hay dos temas que la interpretación generalizada no ha visto correctamente. Me refiero a los temas del fuerte y los pecados y blasfemias contra el espíritu que no tienen perdón por los siglos. Ambos están unidos.

Se trata de los enemigos del Reino. El enemigo principal, el más peligroso y temido es, naturalmente, el que se encuentra en el centro del *quiasmo*, es decir, el *fuerte*. ¿Quién es este fuerte? No puede ser sino aquél contra el cual se anuncia el *eu-angélion*, es decir, el imperio romano. Éste es el fuerte, el poderoso, el opresor cuya casa debe ser “saqueada”. El verbo utilizado *diarpádsein* significa precisamente saquear, devastar, robar, desgarrar.

Se trata de entrar en su casa y saquearla. Pero ello es imposible si primero no amarra al fuerte. La figura utilizada es la de un hombre fuerte, poderoso en su casa. Es necesario amarrar al hombre fuerte y luego saquear la casa. Es evidente que para amarrarla se requerirá toda una estrategia. Es la que Jesús está elaborando, es lo que está proponiendo.

Pero resulta que esa tarea se encuentra obstaculizada, entre otros, por los escribas que esgrimen argumentos teológicos. Citan a Beelzebul, con quien Jesús habría hecho un trato. Demonizar de esta manera los anuncios del Reino y las prácticas de liberación que a él conducen es una malicia imperdonable. Se utilizan argumentos religiosos, teológicos en contra de la obra liberadora.

Es el pecado teológico, el de utilizar malignamente la teología para oprimir, para esclavizar, para dominar, para desacreditar a quienes trabajan por el Reino que no tiene perdón por los siglos. Es ese mismo pecado el que en el Apocalipsis es presentado como la bestia que surge de la tierra, que hemos ya considerado.

3.- El verdadero demonio es el imperio.

Después de esta escena Marcos presenta una colección de parábolas mediante las cuales Jesús preparaba al pueblo y a sus discípulos para la gran tarea de apresurar el Reino. En ellas se siguen apuntando al enemigo y dando indicaciones sobre las acciones a llevar a cabo. Exhorta, por medio de la parábola de “la semilla que crece por sí sola (Mc 4, 26-29) a ejercitar la paciencia revolucionaria, y por medio de la del “grano de mostaza” (Mc 4, 30-32), a la acción revolucionaria.

La travesía del lago (Mc 4, 35-41), por su parte, llama la atención sobre los vientos que se oponen al proyecto del Reino. La barca, símbolo, de la comunidad de Jesús, el pueblo, de la comunidad de Marcos, corre serios peligros. Son los vientos de los enemigos. Pero allí está Jesús para calmarlos.

Con ello entramos en un nuevo terreno, en el que las legiones romanas realizan sus tropelías. Jesús llega a enfrentarlas. Así presenta Marcos la escena:

“Llegaron al otro lado del mar, a la región de los Gerasenos. Al salir él de la barca, inmediatamente vino a su encuentro, de entre los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo que tenía la habitación en los sepulcros; nadie podía sujetarlo, ni siquiera con cadena: porque él muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, pero las cadenas y los grillos eran destrozados por él, y nadie podía dominarlo.

Al ver a Jesús desde lejos, corrió y se prostró ante él. Y habiendo gritado con voz potente, dice: ‘¿Qué a mí y a ti, Jesús, hijo del Dios altísimo? ¡Conjúrote por Dios, no me atormentes!’ (Jesús), en efecto, le había dicho: ‘Sal, espíritu inmundo, de ese hombre’. Y le preguntaba: ‘¿Qué nombre tienes?’. Y le dice: ‘Legión es mi nombre’, porque somos muchos!’. Y le suplicaba mucho que no los enviara fuera de la región.

Había allí, al pie del monte, paciendo, una piara grande de cerdos. Le suplicaron diciendo: ‘Envíanos a los cerdos, para que entremos en ellos. Se lo permitió. Luego que salieron los espíritus inmundos, entraron en los puercos, y se arrojó la piara hacia abajo por el despeñadero al mar, como unos dos mil, y se ahogaron en el mar. Los que los apacentaban huyeron y dieron aviso en la ciudad y en los campos. Entonces vinieron a ver qué era lo sucedido.

Y vienen a Jesús , y miran al endemoniado sentado, vestido y en su sano juicio, al mismo que la legión había tenido encadenado. Y tuvieron miedo. Los que habían visto les contaron cómo le había sucedido al endemoniado y lo de los cerdos. Y comenzaron a rogarle que se fuera de sus confines.

Él subió a la barca y el endemoniado le pidió que lo dejase estar con él. Pero no se lo permitió, sino que le dijo: ‘Ve a tu casa, a los tuyos y cuéntales cuantas cosas el Señor hizo contigo y cómo se compadeció de ti’. Se fue y comenzó a publicar cuán grandes cosas hizo Jesús con él, y todos se asombraban” (Mc 5, 1-20).

Está por demás claro que el tema sigue siendo el del fuerte que debe ser amarrado o destruido. Efectivamente, al endemoniado en cuestión nadie podía sujetarlo, ni siquiera con cadenas. Ya se había intentado hacerlo repetidas veces, pero todo resultaba inútil. Rompía las ataduras, cualesquiera ellas fueran. Es la fuerza y prepotencia del imperio que había derrotado una y otra vez los intentos de liberarse de él.

La fuerza no pertenece al endemoniado sino al demonio, es decir, al imperio. Es éste el que utilizando al mismo endemoniado rompe cuantos intentos de liberación se producen. Son los mismos ejércitos, policías y, en general, fuerzas de represión de los países dominados los que ejercen la fuerza que les el imperio o los grandes centros de poder.

Por otra parte, el endemoniado en cuanto persona tiene el comportamiento desequilibrado, distorsionado, esquizofrénico, propio de los habitantes de países dominados. El mejor comentario de este comportamiento es el descrito por Franz Fanon en “Los condenados de la tierra”. El dominado introyecta la dominación y se desequilibra completamente.

Cuando el demonio se siente conminado por la fuerza superior de Jesús a decir su nombre, manifiesta su identidad sin vuelta de hoja: *legión*. Es la legión romana, el ejército romano, instrumento de opresión del imperio. Jesús, es decir, su mensaje, su proyecto, derrota al poder de la legión, la cual busca refugio en los cerdos, en lo despreciable, y es precipitada en el abismo de las aguas del mar.

Después de tamaña batalla no es de extrañar el miedo de los gerasenos. Pelear contra el poder de dominación y derrotarlo puede traer aparejada una terrible represión. Los gerasenos le ruegan a Jesús que se vaya. Ellos aceptan la dominación. La lucha por la liberación les produce miedo. El que ha sido liberado deberá quedarse para revertir la situación.

4.- El imperio asesinó a Jesús.

Como puede verse todas las referencias al enfrentamiento de Jesús con el imperio Marcos las hace mediante símbolos, nunca directamente. Podríamos citar la última, es decir, la que se refiere al tributo debido al César (Mc 12, 13-17). La interpretación tradicional que sostiene que Jesús dice que hay que pagar el tributo al César y no mezclar esa acción perteneciente al ámbito político y económico con el ámbito religioso, porque es necesario dar a Dios lo que le corresponde

En realidad Jesús afirma lo contrario: No hay que pagar el tributo. La respuesta, nuevamente, se expresa a través de símbolos, el del denario mediante el cual se pagaba el tributo y el del pueblo como viña perteneciente a Dios. El denario que, como hemos visto, tiene la efigie del emperador y la inscripción *Ti(berius) Divi Aug(usti) F(ilius) Augustus* (Tiberio Augusto, César, hijo del divino Augusto) debe ser *devuelto* al César, a su dueño. El verbo utilizado *apó-dídomi* significa “devolver”.

Aceptar el tributo era aceptar la divinidad del emperador romano. Jesús dice que no se lo puede aceptar. Por otra parte, afirma que es necesario dar el pueblo a Dios. El pueblo se presenta como la viña, de la que se habló en el pasaje anterior (Mc 12, 1-12). Devolverla a Dios significa cuidarla, cultivarla, es decir, practicar la justicia.

Entonces ¿por qué ese intento de exculpar a Pilato? Es lo más probable que se deba a la necesidad de resguardar a las comunidades que comienzan a ser perseguidas. Mientras para los cristianos que saben interpretar los símbolos queda claro el enfrentamiento de Jesús con el imperio, para los enemigos esto queda oculto. Si Pilato no encontró a Jesús peligroso, no hay motivo para que las comunidades sean consideradas en ese sentido. Esto requiere un fundamentado desarrollo que será motivo de otro trabajo.

Bibliografía

Aguirre, Rafael: *Del movimiento de Jesús a la Iglesia cristiana*. Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra), 1998.

Belo, Fernando: *Lectura materialista del evangelio de Marcos*. Editorial Verbo divino, Estella (Navarra), 1975.

Crossan, Christian: *¿Quién mató a Jesús?* Ed. Planeta, 2ª edición, Buenos Aires, 1998.

Crossan, Christian: *Jesús: Vida de un campesino judío*. Crítica, Barcelona, 1994.

Crossan, John Dominic: *Jesús (Una biografía revolucionaria)*. Planeta, Buenos Aires, 1996.

Delorme, Jean: *El evangelio según san Marcos*. Ed. Verbo Divino, Estella (Navarra), 1981.

Dri, Rubén: *Autoritarismo y Democracia en la Biblia y en la Iglesia*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1996.

Dri, Rubén: *La Utopía de Jesús*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1999.

Hayek, Friedrich: *Democracia, justicia y socialismo*. Unión Editorial, Madrid, 1985.

Jeremías, Joachim: *Jerusalén en tiempos de Jesús*. Ediciones Cristiandad, Madrid, 2ª edición, 1980.

Jeremías, Joachim: *Las parábolas de Jesús*. Editorial Verbo Divino, Estella, Navarra, 1997.

Jeremías, Joaquim: *Palabras desconocidas de Jesús*. Ediciones Sigueme, Salamanca, 1979.

Marxsen, Willi: *El evangelista Marcos. Estudio sobre la historia de la redacción del evangelio*. Ed. Sígueme, Salamanca, 1981.

Mezzacasa, Florencio: *Milagros y Parábolas de Jesús*. Editorial Biblos, Buenos Aires, 1999.

Myers, Christian: *Binding the stronh man. (A political reading of Mark's story of Jesus)*. Orbis Books, Maryknoll, New York, 1988.

Novak, Michael: *El espíritu del capitalismo democrático*. Ediciones Tres Puntos, 4ª edición, Buenos Aires, 1986.

Puente Ojea, Gonzalo: *El Evangelio de Marcos. Del Cristo de la fe al Jesús de la historia*. Siglo Veintiuno de España, Madrid, 1992.

Puente Ojea, Gonzalo: *Fe cristiana, Iglesia, poder*. Siglo Veintiuno de España, Madrid, 3ª edición, 1997.

Klausner, Joseph: *Jesús de Nazaret. Su vida, su época, sus enseñanzas*. Ed. Paidós, 2ª edición, Barcelona, 1991.

Flusser, David: *Jesús en sus palabras y en su tiempo*. Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975.

Duquesne, Jacques: *Jesús*. Editorial Andrés Bello, Santiago de Chile, 1997.

Schillebeeckx, Edward: *Jesús, la Historia de un Viviente*. Ediciones Cristiandad, Madrid, 1981.

Bornkamm, Günter: *Jesús de Nazaret*. Ediciones Sígueme, Salamanca, 1977

Fukuyama, Francis: *The End of History and the Last Man*. Avon Books, New York, 1992.

Juan Pablo II: *Centesimus annus*. Ediciones Paulinas, Buenos Aires, 1991.